

Ruta por la comarca del Saja-Nansa

Carmona, "la flor de los albarqueros"

Como decía, nuestra ruta comenzó en Carmona; uno de los pueblos más bonitos no solo de la comarca, sino de toda la región. La primera vista desde el Mirador del Ribero enseguida te revela que estás en un lugar especial: el corazón de la montaña, un lugar apartado de todo donde la vida se desarrolla casi al mismo ritmo que varios siglos atrás. Declarado Conjunto Histórico-Artístico, Carmona, cuyos escudos de armas presiden las casas montañosas del siglo XVII y XVIII, conserva su antiguo trazado urbanístico con sus arcadas en el primer piso. Entre éstas, el Palacio de los Mier merece una mención especial.



Pasear por las calles empedradas de Carmona es una delicia, pero no ocupa mucho tiempo porque el pueblo es pequeñito. El valor añadido es detenerse a hablar con alguno de los lugareños, entre los que encontramos muchos artesanos trabajando la madera a la puerta de sus casas.



Las albarcas son el producto estrella, fabricadas artesanalmente con madera de nogal, haya, aliso o abedul, en diferentes diseños y colores si son para hombre o para mujer, para diario o para un día de fiesta. Aunque parezca mentira, este peculiar calzado todavía se usa, y no solo para trabajar el campo; según dicen los entendidos son cómodas, calentitas en invierno y frescas en verano. Yo no me las he puesto más que para alguna función escolar, así que no puedo opinar.

Tudanca, refugio de artistas y eruditos

A unos 20 kilómetros siguiendo la carretera CA – 281 paralela al curso del río Nansa, se llega a Tudanca: uno de los núcleos rurales más antiguos y mejor conservados de Cantabria junto a Carmona y Bárcena Mayor, y como ellos, declarado Conjunto Histórico-Artístico.

Tudanca es también mi pueblo favorito de la zona, fotogénico a más no poder, incluso en días de niebla como el que tuvimos. Es más, me atrevería a decir que este tipo de pueblos tienen tanto más encanto cuanto más encapotado está el cielo. Las nubes, casi tocando los tejados, les dotan de un ambiente especial.

El paisaje que rodea Tudanca es tan genuino, tan poco contaminado, que puedes imaginar a los ganaderos subiendo y bajando de la montaña con sus vacas esparcidas por los pastos, aunque no te encuentres con ninguno. Es la Cantabria rural en estado puro, y por eso mismo, como en Carmona, choca encontrarse una casona tan noble y de tan ilustre historia como la que en su día perteneciera al escritor y erudito José María de Cossío, quien no era cántabro de nacimiento, pero sí de adopción.

La Ferrería de Cades, para los días de lluvia

De regreso a la costa, siempre en la comarca de Saja-Nansa, hay un par de visitas muy socorridas aquellos días en los que la lluvia no concede tregua (y también si hace sol). Una es la cueva El Soplao, de la que ya os he hablado; la otra, muy cerca, la Ferrería de Cades.

Que se encuentre en el valle de Herrerías nos da la primera clave: la historia de la industria del hierro en Cantabria no es cosa de ayer. La Ferrería de Cades es un gran edificio del siglo XVIII donde, además del área de fundición y trabajo del hierro, encontramos un horno de pan y un molino que también funcionaba con energía hidráulica. Y funciona, porque el conjunto en su totalidad ha sido rehabilitado y en él se ofrecen demostraciones de cómo funcionaban los ingenios.

Desafortunadamente en nuestra región no contamos (al menos hasta donde yo sé), como en Asturias, con alguien dispuesto a coger el testigo y perpetuar la tradición, así que de las 200 ferrerías catalogadas en Cantabria, la de Cades es la única abierta al público como un museo etnográfico. Un lugar único en nuestra tierra que merece la pena conocer.